



XI Concurso de Cuentos «Mari Luz Puche»

Primer Premio • Categoría C

Ese dulce olor



Todo empezó a marchar bien a partir de una fotografía de una niña morena, con un lunar bajo el pómulo izquierdo que me mostraron un día

aquellas madres luchadoras de la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, donde yo había vivido unos penosos años.

Esas mujeres me recibieron con los brazos abiertos y se mostraron dispuestas a colaborar en la búsqueda de su paradero, a pesar de lo difícil que era semejante tarea, y a pesar de que hacía más de ocho años que me habían arrebatado a mi hija, que te habían separado de mí.

Yo había oído hablar de ellas, unas mujeres empeñadas en la búsqueda de sus hijos y nietos perdidos, apresados o incluso desaparecidos en los campos de concentración a los que habían sido llevados, bajo el dominio militar de este país.

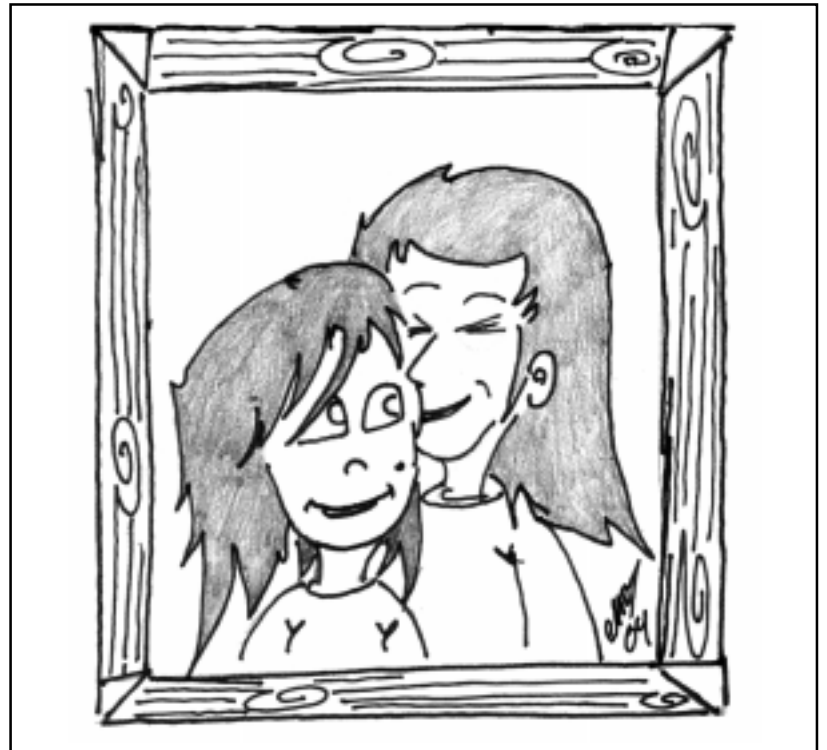
Muchos de estos niños y niñas murieron arrancados de sus hogares y lejos de sus padres, otros fueron repartidos como botín de guerra. Yo pensaba que te había perdido para siempre, pero no me acobardé. Recogí fotografías de cuando eras pequeña, un bebé. Busqué testigos que pudiesen haberte visto cuando me detuvieron al salir del trabajo; hablé de tu marca de nacimiento, igual que la mía (ese lunar bajo el pómulo izquierdo), hablé de señales que te pudieran identi-

car, indicios que me pudiesen acercar a ti...

Así inició Marcela la confesión escrita que estuvo redactando durante las horas que estuvo velando junto a la cama de su hija Laura, mientras ésta dormía, por fin al calor y bajo el cuidado de su propia madre, de la que había sido alejada y a la que apenas podía reconocer. Aquella noche, nueve años después, era distinta, se sentía feliz. Cuando pudieron quedarse a solas, madre frente a hija, empezaron a descubrirse, se miraron en el espejo: el color del cabello, el lunar bajo el pómulo, los mismos ojos, la misma boca; se parecían mucho. Pero lo que verdaderamente cautivó a Marcela fue ese olor persistente que sintió al bañar a Laura, un olor dulzón que desprendía el cuerpo de su hija cuando fue a acostarla, de manera que volvió a bañarla de nuevo, pero por más que la enjabonaba, no se quitaba ese olor. Marcela empezó a recordar...

Yo había venido a Buenos Aires siendo joven desde Suiza. Conviví durante los primeros años con obreros inmigrantes, formamos una gran familia, con los mismos problemas que resolver. Estábamos muy unidos.

Cuando se instauró la dictadura militar en Argentina, fuimos amenazados, perseguidos y hechos prisioneros del régimen militar. Yo fui capturada un viernes por la noche, al salir del trabajo. Ya no te vi más. Junto a otras mujeres fui torturada, obligada a decir nombres de compañeros y compañeras que habían



trabajado conmigo y que habían organizado colectivos de resistencia ante la explotación a la que habíamos estado sometidos: falta de higiene en el trabajo, siempre en malas condiciones e inseguro; con un salario que apenas nos servía para alimentarnos. Yo no encontraba ningún motivo para delatar a unos compañeros y amigos, aquello se convirtió en un suplicio. Incluso algunas compañeras fueron violadas y sometidas al simulacro de un fusilamiento con balas de fogueo. He estado ocho años presa y al fin fui expulsada del país. Pero gracias a estas mujeres tan activas en su empeño puede contactar con ellas y ofrecerles datos sobre ti. Tú te llamas Laura Arze, y tenías año y medio cuando me fuiste arrebatada; me han dicho que pasaste varios años en centros de acogida, y que después

fuiste recogida por una familia humilde. Cuando te encontraron, vivías en una zona suburbana, y vendías queroseno en un carro tirado por un viejo caballo. Qué momentos más desesperantes he vivido en el aeropuerto esperándote. Has venido acompañada de las dos mujeres que te han encontrado. He recuperado a mi hija...

Marcela sigue recordando mientras lava de nuevo a su hija Laura; ahora recuerda ese olor de los bebés cuando acaban de mamar. Laura tiene diez años y esta noche huele a recién nacida. Pasado y presente se han fundido. Ha desaparecido ese paréntesis en las vidas de Marcela y Laura. Madre e hija se han reencontrado y se han descubierto.

Lidia Muñoz Sánchez

I. Profesional